

Escuela y familia, ¿se invaden, se necesitan, ...?

Los títulos de los documentos escritos traen cola porque suelen conllevar la duda de si el escogido es el más idóneo en relación a las intenciones que uno tiene al escribirlos. En este caso también tenía dudas, puesto que al nombrarlo de esta forma parece como si emergieran de nuevo las eternas dualidades, y con ellas la obligación de posicionarse de un lado o de otro, creándose situaciones de confrontación. Sin embargo, justamente esta dificultad me da la oportunidad de empezar a argumentar que lo que nos interesa en este asunto pasa, necesariamente, por todo lo contrario: desarrollar una reflexión en la que se pongan en evidencia dos dinámicas, que no son contrapuestas sino complementarias, dicho de otra manera, que permitan la conciliación y la inclusión: por una parte darnos cuenta de las paradojas en las que se mueve la relación entre las familias y los centros docentes, y por otra, acercarnos a la complejidad en la que está inmersa. Por lo tanto, no se trata tanto de buscar, porque no las vamos a encontrar, soluciones mágicas, sino más bien de comprometerse en una dirección que permita aportar elementos que resulten factibles, significativos, cercanos, sensatos, a veces controvertidos, sin abandonar esa mirada compleja que tanta falta nos hace en estos momentos, cuando parece que este tema se está convirtiendo en un escollo de difícil resolución en los centros educativos.

Aspectos que han dificultado la relación entre las familias y las escuelas en los últimos años

Aún sin pretender abarcar un análisis exhaustivo de estos aspectos, creo que resultará sugerente tomar en cuenta algunos de los más significativos. No hay duda alguna que se han producido cambios substanciales en la estructura familiar, esto se ha podido comprobar claramente en el artículo anterior, y hoy en día casi ya no podemos hablar de familias sino más bien de contextos familiares. Estos cambios se han dado con mucha rapidez y a menudo han dejado a la escuela desprovista de recursos para hacerles frente, debiendo improvisar formas de actuación cuando la complejidad de las situaciones requería una mayor claridad y ajuste.

No menos importantes han sido los constantes cambios de las leyes educativas, y la excesiva dependencia del sistema educativo de informes externos, y no siempre suficientemente contextualizados. Esto ha generado confusión, y un debate excesivo en los medios de comunicación, que más que aportar luz al asunto lo ha ido enturbiando, debilitando la opinión de las familias, y de la sociedad en general, en relación al sistema educativo.

También ha ido en incremento un doble mensaje social, así como de las políticas administrativas: lo que no se puede resolver a nivel familiar y de la propia sociedad que lo solucione o se haga cargo la escuela, como si la escuela tuviera recursos y soluciones para todo, y lo más grave es que eso se ha dado paralelamente a la falta de un discurso claro en relación a la confianza en la profesionalidad de los docentes y en el propio sistema. Demasiado peso para tan poco sostén.

No menos relevantes son algunas dificultades, casi me atrevería a decir trampas, del ámbito educativo. Por ejemplo, no cabe duda que los docentes pertenecemos a un colectivo cargado de buenas intenciones, con una gran dedicación temporal a nuestra tarea, preparando materiales y contextos de aprendizaje, así como con un alto índice de formación continuada, y muy vinculado a una vocación fuertemente arraigada. Paradójicamente, a los centros educativos no se les otorga un gran prestigio, y además

están en una posición bastante conservadora en el sentido que son uno de los ámbitos profesionales donde se mantienen más fielmente modelos poco actualizados. Quizás es que no están suficientemente claras las intenciones, quizás es porque frente a tantos cambios y presiones se ha producido mucha inseguridad. Sea lo que fuere, es indudable que esto genera desconfianza en las familias.

Los docentes, especialmente los maestros, hemos vendido más didáctica que resultados. Es necesario explicar a los padres qué es lo que hacemos en la escuela, el por qué lo hacemos, sin embargo los padres no son expertos ni tienen interés en convertirse en especialistas del tema. A menudo nos volvemos exigentes cuando les damos muchas explicaciones, y no les damos la confianza al respecto de que sus hijos tendrán éxito en sus aprendizajes.

Premisas importantes que deben servirnos de punto de partida para encarar el análisis y la reflexión de la relación entre la escuela y las familias

A mi entender esas premisas son tres. En primer lugar la escuela tiene un encargo bien claro, en relación al desarrollo de los aprendizajes. Cada vez que los docentes nos dirigamos a los padres, por cualquier razón o motivo, debemos mostrarnos confiables en esta dirección. Demasiadas veces nos hemos empeñado en defender algún tipo de didáctica o metodología y hemos perdido de vista este cometido. Por supuesto que esas metodologías debían estar puestas al servicio de los aprendizajes, lo que ocurre es que en la pasión del debate hemos dedicado demasiados esfuerzos en esa dirección que ha traído vacío en otras. Ahora, desde la perspectiva de la Pedagogía Sistémica, sabemos de la gran influencia que tienen los cometidos generacionales, y a las generaciones de los sesenta y setenta (que se toman en cuenta en relación al periodo en el que cumplimos quince años), con muchas ganas de cambiarlo todo, se nos ha hecho difícil encarar este asunto, algo muy distinto de lo que está ocurriendo con la generación de los ochenta, que tiene más claro su cometido, aunque a su vez también lo hagan de una forma a menudo poco flexible. De ahí la importancia de aunar, de compartir, puntos de vista, esfuerzos y recursos.

En segundo lugar, la escuela existe porque es una necesidad social, por motivos diversos, que han ido cambiando a lo largo de los años, y esencialmente existe porque los padres y madres confían en que será un buen lugar para el aprendizaje y crecimiento de sus hijos. Esta opinión quizás sea difícil de sostener, puesto que la falta de reconocimiento social parece advertirnos de lo contrario, sin embargo, en el fondo debe ser así, puesto que si no lo fuera se mostrarían muy reacios a dejarlos en nuestras manos.

En tercer lugar, y desde el punto de vista educativo, los padres están antes que los maestros, y este orden no lo podemos cambiar de ninguna manera puesto que al hacerlo transgrediríamos los límites que nos corresponden. Si discutimos este principio básico vamos a tener serias dificultades para encontrar puntos de encuentro. Esto es así incluso en los casos en los que se dan circunstancias desfavorables para el desarrollo de los hijos. No podemos cambiar a las familias, y tampoco las podemos sustituir.

Estas tres premisas son importantes a la hora de plantearnos cualquier tipo de acercamiento y diálogo con las familias. El hecho de que los docentes seamos “expertos” educativos, por nuestra formación, por nuestra amplia experiencia (en un solo año compartimos esta experiencia con un grupo numeroso de alumnos, cuando

los padres se relacionarán, durante toda su vida, con un número muy limitado de hijos), no nos debe hacer perder el punto de realismo y humildad que requiere compartir esta experiencia con las familias.

Es evidente que los docentes tenemos una mirada amplia y precisa hacia aquello que les pasa a los niños y jóvenes, y a pesar de ello debemos respetar profundamente que en nuestras manos no tenemos su destino. Es conveniente que aprendamos a encontrar nuestros límites, este aspecto es fundamental puesto que si vamos más allá de nuestras atribuciones generamos, justamente, lo contrario que queremos conseguir: en el mejor de los casos, cierta incomprensión, que puede venir acompañada de resistencia, y en el peor de los casos, de una clara confrontación.

A todo esto hay que añadir algo que no podemos obviar: tan necesario es darnos cuenta de que en general, a pesar de las buenas intenciones, las escuelas no han hecho los cambios substanciales que se requieren de ella en estos momentos, lo cual nos atañe directamente a los docentes y a los responsables del sistema educativo, como tener en cuenta que la presión económica sobre las familias está generando un malestar significativo en las relaciones con los hijos, porque se hace indispensable y prioritario cubrir necesidades primarias de sobrevivencia, a lo que hay que añadir los problemas de conciliación de los horarios laborales. Esto explicaría, en parte, el hecho que los padres no se impliquen suficientemente con la escuela, lo cual suele darse acompañado de una falta de atención y rendimiento escolar por parte de sus hijos.

Así mismo se da un fenómeno natural que tiene que ver con que los padres tienen una vinculación muy estrecha con sus hijos durante los primeros años de su vida, y a medida que se van haciendo mayores delegan en mayor medida en las instituciones, sobretodo si no acaban de resolver algunos asuntos que se les hace difícil encarar, especialmente en la adolescencia, y no menos importante es el hecho que después de escuchar cinco veces las mismas cosas, en las reuniones de clase, o en las entrevistas individuales, parece que ya no queda nada nuevo por compartir, lo cual nos obliga a pensar en alternativas comunicativas que vayan manteniendo el interés de las familias.

Claves para favorecer cambios significativos

Es evidente que los cambios deben orientarse hacia las problemáticas detectadas, procurando ir un poco más allá de donde habíamos llegado hasta ahora, aceptando que se trata de temas complejos, a menudo, tal y como decíamos al principio, vinculados a paradojas que parecen ser irresolubles.

Por una parte, alejarnos de posiciones que separan, bajo el miedo de la colonización, dicho de otro modo, todavía pesa demasiado la cultura que postula que los padres cuanto más lejos mejor, que nuestra independencia pedagógica es inapelable y que si no vamos con cuidado y abrimos las puertas de la escuela más de la cuenta, ya no podremos sacarnos a los padres de encima. Esta es una cultura rancia, llena de prevenciones y miedos infundados que debemos evitar clarificando funciones y límites. De lo que aquí se trata es que tan sólo podremos establecer auténticos puentes de comunicación entre la escuela y la familia si éstas tienen un lugar en ella, si sienten claramente que pertenecen a ese lugar, al mismo proyecto. Eso quiere decir, en resumidas cuentas, establecer canales que permitan diferentes niveles de interacción, superando, sin dejar de utilizarlos, aquellos que les permitían participar en algunas actividades y colaborar en algunos proyectos, habitualmente de tipo lúdico o festivo. Se trata, más bien, de ampliar esas posibilidades hacia una posición de cooperación

puesto que compartimos objetivos comunes, y puesto que nos vinculan compromisos delicados.

En esa misma línea se hace indispensable clarificar la función de los estamentos implicados en la educación: aquello que le corresponde hacer a la familia, aquello que le corresponde a los centros educativos, y aquello que le corresponde al ámbito social. Clarificar funciones, contextualizar límites, delimitar competencias y mecanismos de gestión y relación, ..., lo cual no quiere decir crear mundos inconexos sino justamente lo contrario, encontrar las complementariedades, las complicidades, frente a la confusión y la competencia.

En este sentido, lo que se enseña, cómo se enseña, y cuando se enseña, es una responsabilidad de los docentes. Los padres tienen derecho a recibir explicaciones de por qué se toman ciertas decisiones, así como a tener información sobre los resultados escolares que se obtienen a partir de estas decisiones. Por su parte, la forma en que los padres educan a sus hijos es su plena responsabilidad, y lo harán en función de sus propios valores y cultura. En la medida que atiendan nuestras sugerencias podremos ejercer una cierta influencia en ese campo, y si se resisten deberemos aceptar el signo de las cosas, tal y como se muestran, y, además, hacerlo sin generar sentimientos confusos en los niños, que quedarían entre medio de fidelidades que les va a resultar difícil romper, sin duda alguna las de los padres.

Esto nos lleva a reforzar una idea que ya apareció antes esbozada. Encarar esa relación de la familia y la escuela con visas de tener algún éxito futuro comporta aceptar que en el ámbito educativo la familia está antes que la escuela, y modificar una cierta actitud pesimista que nos hace mirarla como si tuviesen pocos recursos para resolver sus dificultades internas. Además, quiere decir que a cada uno de estos ámbitos le corresponde una tarea, tiene un compromiso y una responsabilidad que no podemos eludir, ni tampoco unos pueden hacer ni más ni menos que aquello que les toca, evitando delegaciones o intentos de sustituir los aparentes déficits del otro.

Tanto las familias como los docentes nos hemos de poder mover en un cierto nivel de mala conciencia. Esto quiere decir que los padres tendrán que manejar situaciones de escolarización de sus hijos que en más de una ocasión no corresponderán a los modelos que ellos tuvieron cuando eran alumnos; si siguen pegados a esas imágenes y sensaciones difícilmente aceptarán los cambios en los centros educativos y las propuestas de los maestros de sus hijos, a los que siempre estarán poniendo entre las cuerdas. De la misma forma, los docentes tendrán que hacer algunas concesiones respecto a sus presupuestos pedagógicos en función de los intereses y necesidades, tanto de los niños como de las familias con las que interactúan. Y no podemos olvidar en esta reflexión, que los docentes tenemos una cierta ventaja en relación con los padres por nuestra formación específica y por nuestra larga experiencia, que ha de permitirnos tener un mayor grado de adaptabilidad. Si no es así, por muy buenas intenciones y razones que tengamos, nos vamos a distanciar de los padres y, sin lugar a dudas, ello nos va a distanciar de nuestros alumnos, puesto que esa fidelidad y amor por sus padres se va a poner automáticamente en funcionamiento.

Hoy en día sabemos que podemos conseguir que los niños aprendan los contenidos escolares desde puntos de partida muy diversos (así nos lo muestran la teoría de sistemas y de la complejidad). La obsesión por las metodologías únicas, o mejores, debe dejar paso a una mayor flexibilidad, y por lo tanto no es necesario que nos aferremos a los "ideales educativos", sino que podemos ser mucho más maleables si

tenemos claro qué es lo que queremos conseguir y si sabemos transmitirlo con claridad a las familias. Abandonemos la luchas “ideológicas” por un consenso en los logros comunes, y de esta forma conseguiremos una mayor transparencia y eficacia, que los padres van a valorar de forma muy positiva.

Para terminar, algunas actitudes que debemos favorecer

Siempre que trato de desarrollar una reflexión entorno a los contextos relacionales me gusta terminar con algunas recomendaciones, que en este caso sintetizaría bajo el epígrafe de actitudes deseables y amables, que sin lugar a dudas nos van a ayudar en estos procesos que hemos ido encarando:

. La escucha. Seguramente es el arte de la comunicación, tal vez paradójico, puesto que para comunicarnos necesitamos hablar, expresarnos, y sin embargo el mayor mérito estriba en estar en una actitud de silencio activo que nos permita recoger auténticamente lo que los demás nos están transmitiendo, separándonos de nuestras propias expectativas y proyecciones.

. El reconocimiento. Como magistralmente dice Maturana, la comunicación deviene gracias a nuestra mutua capacidad de reconocer al otro como legítimo otro, sin cuestionar cómo es ese otro, semejante y a la vez distinto. El reconocimiento está estrechamente vinculado con nuestra forma de mirar a los demás. Demasiado a menudo los maestros miramos con arrogancia a los padres y madres porque en nuestro interior sentimos que somos mejores. Dejo en el aire una pregunta que seguramente levantará más de una suspicacia: ¿cuando miramos a los padres de nuestros alumnos como menos que nosotros, en qué medida estamos influenciados por una mirada arrogante hacia nuestros propios padres, con respecto a los cuales quizás sentimos que no lo hicieron suficientemente bien, o que no nos dieron todo lo que nos correspondía?

. La confianza. Cuando las cosas pintan difíciles es el tiempo de echar mano a la confianza. Justo cuando parece que no hay soluciones, esta actitud nos permite recordar que las personas, en este caso los docentes y los padres y madres, tenemos los recursos necesarios para hacer frente a los retos con los que nos manejamos. Quizás pasamos por un momento en que los hemos perdido de vista, se trata de dejarnos acompañar para retomarlos, y eso lo logramos si tenemos la entereza de no tirar la toalla antes de tiempo.

. La gratitud. Los maestros debemos agradecer a los padres la confianza que estos depositan en nosotros al dejar a sus hijos en la escuela, de no ser así nuestra función no existiría, y los padres deben agradecer a los maestros su dedicación y disponibilidad incondicional. Una de mis maestras dice a menudo: “tan sólo un corazón agradecido puede aprender”, lo cual podemos generalizar en la dirección de que “tan sólo un corazón agradecido puede compartir”.

. Otras actitudes de gran valor son la esperanza y el asentir profundamente en lo que hay y en como son las cosas. Ciertamente a menudo nos gustaría que fueran de otra manera. Quizás a los docentes nos gustaría que todos nuestros alumnos tuvieran unos padres que les comprendieran y apoyaran; quizás a los padres y madres les gustaría que sus hijos tuvieran los mejores maestros del mundo. Sin embargo hay cosas que no las podemos cambiar así de fácil. Es más, me atrevería a decir que la condición previa para cambiar cosas significativas de nuestra vida pasa, en primer término, por

aceptarlas tal y como son, por difíciles y poco deseables que sean. Cuando asentimos de esta manera a lo que nos ha tocado vivir, entonces adquirimos el permiso y la libertad para hacerlas algo distinto.

Todos los padres y madres del mundo quieren lo mejor para sus hijos, y por ellos hacen todo lo posible. Todos los maestros y maestras actuamos en la misma dirección con nuestros alumnos. No nos queda otra salida que acercarnos, mirarnos con respeto y aceptar, asentir tal y como decíamos, con aquello que nos toca hacer a cada cual, sin prejuicios, sin exigencias, sin culpabilidades cruzadas. Tan sólo desde el reconocimiento absoluto del otro, y desde el amor que funda lo humano, vamos a encontrar las vías para hacer de esta relación ente la familia y la escuela un lugar de encuentro que ha de dar numerosos frutos, puesto que entre nuestras manos está, en gran medida, el futuro de las nuevas generaciones.

A mi modo de ver para profundizar en esta mirada sobre la relación entre la familia y la escuela no lo podemos hacer tan sólo escribiendo algunas reflexiones, aunque sean sugerentes, coherentes, precisas y amplias. Requiere de algunas otras cosas, por supuesto de algunos cambios substanciales en el marco de las comunidades educativas, y se me ocurre también que este tema debería formar parte del currículum de la formación inicial y permanente de los docentes y, además, estoy convencido que requiere también de la introducción, en esos ámbitos de formación, de aspectos que van más allá de los meramente académicos, organizativos y didácticos, que deberían pasar por una sensibilización que atienda todas las dimensiones de la persona, que intuyo están entroncadas en la propia historia familiar, con una perspectiva transgeneracional, que nos ayude a encarar los vínculos que nos mantienen fieles a los mandatos de nuestra buena conciencia y cultura. De ahí que el enfoque que últimamente está emergiendo alrededor de lo que se denomina Pedagogía Sistémica, tenga tanto valor para esta tarea.

Carles Parellada (ICE UAB)

La Torre de Claramunt, 28 de gener de 2008.

Carles.Parellada@uab.cat – www.xtec.cat/~cparella

Para saber más:

Tema del mes “Pedagogía Sistémica”, Cuadernos de Pedagogía n. 360, septiembre 06

Tema del mes “Pedagogía Sistémica”, Aula de Innovación Educativa n. 158, enero 07

“La Pedagogía Sistémica: fundamentos y práctica”, Mercé Traveset, editorial Graó, septiembre del 2007